

Introducción

La Virgen Tz'ajanzul

Acerca de los símbolos en los tejidos, hay una cosa muy curiosa que parece cuento pero no lo es. Pero creo que es un cuento también. En Tenejapa existió una niña que nació allá y que se convirtió en una virgen de una laguna... pues nació ya hablando. La recién nacida pidió que sus padres la llevaran a un laguito que hay por ahí cerca y una hora después se metió al agua, y luego salió diciendo: “No, pues quiero tener un traje tejido y bien brocado. Quiero que hagan para todo eso una fiesta”. Y entonces se metió al agua varias veces. Al último ya estaba más grande, pero todo fue en un momento, en una hora, y se metió y dijo que se iba a vivir ahí en una laguna más grande que se llama Banavil, que está entre la frontera de Tenepaja y Chamula; allá por POR NOROCCIDENTE DE Tenejapa, se fue a vivir por allá. Bueno, se sumergió para siempre en la laguna . Ya nunca volvió a salir pero avisó que ya no regresaría, que viviría en otro lado. Entonces, sus padres regresaron llorando, pues habían perdido a su hija.

Pero... desde ese tiempo, no sabemos cuándo, se sigue haciendo la fiesta, y se sigue metiendo la ropa para la virgen cada año. Se va uno al lago y se mete, se deja la ropa ahí. Todos los años se mete la ropa en medio de la laguna. Se hace un gran baile, una gran borrachera. Vienen los tenejapanecos en territorio Chamula. La virgen tiene nombre, se llama Tz'ajanzul. No sé qué quiere decir, al parecer una virgen GUINDA. No se sabe cuándo apareció, pero el hecho es que todavía se le celebra con mucha intensidad, a finales de septiembre, y llevan todo un conjunto musical, un traje completo, bien tejido. Hay un palo QUE LLEVA AL CENTRO de la laguna donde un señor va caminando y, si se cae el señor, significa que están mal organizados. Si se hunde rápido el traje, pues ha de estar contenta la virgen; si no, está muy enojada. Siguen bailando, siguen rezando hasta que se hunde, hasta que ella se ponga feliz. Es un bonito cuento que me gusta mucho. Además podemos ir a ver. Incluso podemos ir a bailar y tomar también.

Otra cosa, la elaboración de la ropa brocada con dibujos ceremoniales para la Virgen Tz'ajanzul la hace una señorita, que puede seguir haciéndola si se mantiene soltera por toda su vida. Allá esas cosas en Tenejapa se toman muy en serio. Le dan pox, que es el trago ceremonial, y le compran un petate nuevo.

**Pedro Meza Meza
Compilador**

Pedro Meza Meza es un maya tzeltal de 44 años de edad. Originario del paraje de Navil, del municipio de Tenejapa, es “humildemente” extraordinario por ser uno de los hombres tejedores de Chiapas.

Pedro, como los más de un millón de mayas en Chiapas, es descendiente de una civilización de tres mil años cuya ciencia y arte llegaron a su apogeo durante el periodo Clásico, alrededor del año 600 d. C.

Cinco siglos después de la conquista española, la mayoría de los mayas en la entidad sureña mexicana, como Pedro, crece en la pobreza, marginada, aunque posee aún una gran riqueza de mitos antiguos, rituales y tradiciones textiles, como el que se narra acerca de la Virgen Tz'ajanzul.

Antes de los años mil novecientos sesenta, los artículos textiles tradicionales raramente eran vendidos fuera de las comunidades rurales. Hasta entonces, las tejedoras mayas únicamente elaboraban ropa para sus familias. Las artesanas más hábiles, a solicitud de su pueblo, tejían trajes muy elaborados con brocados para uso ceremonial, recibían pago por gastos y gozaban de prestigio social a cambio.

En ocasiones, las hilanderas chamulas vendían prendas de lana a los dueños de comercios en San Cristóbal de Las Casas para poder comprar canastos, comestibles, medicinas o herramientas de trabajo agrícola. No obstante, los pastores de Chamula se especializaban en producir prendas de lana para otras comunidades indias y las mujeres antes intercambian los artículos producidos –en un simple sistema de trueque– por maíz.

Este sistema se acabó a mediados de los años mil novecientos setenta, cuando el turismo llegó al mercado principal de San Cristóbal de Las Casas, centro comercial para los mayas de los Altos de Chiapas. La economía se transformó en su totalidad junto con los caminos de tierra que llevaban a los artesanos desde pueblos remotos de la montaña a las ciudades.

Al joven Pedro Meza Meza le parecía fascinante la tradición textil mediante brocados de simbolismos y la ejecución de técnicas del tejido en telar de cintura que veía a su mamá y hermanas realizar.

En entrevista camino a una reunión con mujeres tejedoras de Pantelhó, el ahora compilador de los diseños del fascinante universo de imágenes en tejidos recuerda la práctica tenejapaneca de comer una flor viva o en fresco para aprender a tejer. En tzeltal se llama *yoy*, conocida en español como *flor de un día*, de la planta cuyo nombre en latín es *Tigridia pavonea*, de la cual sale una flor evanescente de color rojo matizado con amarillo. Pedro la empezó a comer a escondidas desde chiquillo.

No obstante, los mayas de Tenejapa, como muchas otras comunidades de los Altos de Chiapas, más frecuentemente comen como alimento la raíz de la planta desde donde brota por un corto tiempo en primavera la *flor de un día*.

–Pero si arranques unos pétalos ahí donde salgan de la tierra y los comes, probablemente aprendes a tejer –expone el tzeltal–. Es una flor mágica que te incita a aprender a tejer –asegura.

–¿Así lo hacen y te inspiró? –se le pregunta.

–Más o menos –se ríe–. Es algo como ir a la escuela, ¿no? Te vas a la escuela, algo aprendes. Si comes una flor, algo aprendes.

–¿Cuándo empieza eso?

–Eso lo supe cuando yo tenía como ocho, nueve años. Bueno, es más o menos un cuento –dice.

–Pues cuéntamelo –le solicito.

–Es una manera de aprender a tejer y, al hacer el brocado, los diseños tejidos – contesta Pedro, asimismo artista de recreaciones de las imágenes antiguas.

–¿La comes de una vez, o la sigues comiendo?

–La sigo comiendo. Hasta hace 20 años ya no lo sigo comiendo, pero sí, usualmente lo comía cuando hay.

–¿Quién te dio la (primera) flor?

–Es algo que saben todos en Tenejapa. Si tragas unos pétalos, pero no los masticas, los tragas enteros, entonces aprenderás a tejer. Entonces yo a escondidas tragaba unos cuantos, porque en Tenejapa no es común que ya sabes de todo, no, que sabes tejer, bailar o cantar. No tienes que decirlo. Entonces, si sabes tejer, mucho menos no tienes que decirlo, mejor llegas a escondida. Pero si vas diciendo yo ya sé tejer, eso es bastante malo para nosotros en Tenejapa.

–¿Mala suerte?

–No, es como muy ligero, voy a la ligera. Es otro concepto en una comunidad indígena como Tenejapa. Por eso es que la comía a escondidas.

–¿La gente es humilde entonces?

–Yo creo que sí, pero demasiado. Es una exageración también; ciertas familias, no todas. Pero la verdad es que sirve también. Son como conjuntos de leyes que sirven para la comunidad. Así la milpa no se pierde, o las gallinas o los borregos, porque, por ejemplo, la milpa no es cercada pero por lo general nadie la roba. Es por esa humildad, un poco exagerada, pero bueno, para esa comunidad, sí funciona. Pero para acá, en la ciudad de San Cristóbal o afuera de ahí, no funciona. Imaginaré si yo digo no sé manejar, te vas a bajar rápido de mi carro, jajajaja, ¿verdad?

–Sí.

–¿Pero es diferente manejar un carro y estar encima? –Pedro se autopregunta en un trayecto del centro de la ciudad colonial de San Cristóbal de Las Casas hacia el municipio de Pantelhó, donde en medio de la entrevista en abril del 2004 realiza programas de preservación y desarrollo de la comercialización de los tejidos tradicionales elaborados por mayas y que hoy son la fuente más importante para el desarrollo cultural y económico de las comunidades indias de los Altos de Chiapas.

–Pero igual, si estuvieras en Tenejapa, y si me preguntaras si yo sé manejar, te diría muy poquito. No te diría que tal vez, pero tú entenderías si fueras de Tenejapa. Es complicado eso –regresa Pedro a la conversación–. Solamente no tengo ambición personal. Eso es muy importante. Tal vez es la parte excepcional de mí, el de no tener yo primero. En todo, no sé bailar, no sé cantar... Acabado el cuento, ¿te gustó? –pregunta, pero continuamos.

–Cuéntame más de ti... ¿Después de que tomaste la flor qué te pasó?

–Me pasó que sí, progresaba con el tejido, pero, la verdad, hacer el tejido es demasiado difícil, lleva mucho tiempo y uno se aburre. Yo realmente vendía pocas cosas. Tal vez vendí dos, tres... y también porque no necesitaba mucho dinero, con dos, tres bolsas que haya vendido, tenía algo de dinero.

–¿Tuviste algún sueño con los textiles? ¿No tiene nada que ver con el *nahual* de uno?

–No. Lo que sí tuve es pobreza de dinero... Entonces, con la pobreza me impulsó a hacer el tejido y también, mientras estaba yo tan pobre, encontré a más pobres, de la misma situación que yo, y esa situación prevalece en muchas partes hoy. Por eso no puedo no hacer algo para ellos... Es un motivo, es eso. No soñé, tuve que vivirlo, la necesidad de vender los tejidos –enfatisa.

–¿Quién te enseñó? ¿O fue solito?

–No, no. Nadie me enseñó. Fue mirando por muchos años. Yo sufrí mucho porque no sabía la fórmula del tejido y, es como la computadora... No sé si te acuerdes cómo empezaste por primera vez, entender el método cómo abrir el programa, es eso. Si nadie te enseña cómo es, para qué sirve una cosa, no avanzas, y se pone uno frustrado. Entonces, después de tanto luchar para aprender el tejido, mi mamá me dijo que mejor me enseñaba cómo se hacía. Entonces me enseñó a hacer rombos pequeñitos, y aprendí. Un rombo, de lo más sencillito, contiene toda la información para hacer más diseños. Entonces nunca más tuve problemas. Dije: “Qué sencilla es la vida”. Entonces me sentí con más poder, podía ver más cosas. Y también podía ver a las tejedoras y eso ánima, es una apertura de comunicación. Eso me pasó.

–¿Cuándo empezaste a recopilar, a dibujar?

–Es que vino una norteamericana, como de 25 o 26 años de edad, aprendiendo a tejer con una tejedora de Tenejapa en San Cristóbal, pero esta americana copiaba los diseños del muestrario que tenía para avanzar y para hacerlo en su casa, probablemente para pagar menos las clases. Como sus dibujos podía hacerlos en su casa, entonces me di cuenta que eso es un buen método para recopilar los diseños de Tenejapa, por ejemplo. Entonces conseguí también unas hojas cuadrículadas y empecé a hacerlo yo también. Fue como en 1973, apenas terminando la primaria.

Mientras Pedro aprendía las técnicas tradicionales del tejido y brocado en telar de cintura ejecutaba trabajos comunitarios para el mantenimiento de la escuela local y la prevención de incendios forestales.

Justo después, con su deseo de otras oportunidades educativas inexistentes en su pueblo natal, Pedro arribó a San Cristóbal de Las Casas para realizar estudios secundarios y, como empleado del Fondo Nacional para el Fomento de las Artesanías, participó en la formación de grupos de artesanos, entre los que destacan tejedoras, bordadoras y alfareras. Fomentó la asociación de tejedoras Sna Jolobil, mientras realizaba un estudio intensivo acerca de los diseños de los huipiles ceremoniales de comunidades tzotziles y tzeltales de Chiapas, con una recopilación de más de mil diferentes simbolismos. También colaboró en la creación de una colección de la indumentaria ceremonial de las diferentes comunidades mayas de Chiapas.

De 1980 a 1983 cursó la preparatoria en el Centro de Estudios Superiores de San Cristóbal, mientras colaboraba activamente como investigador y asesor, impulsado por la Dirección General de Culturas Populares de la Secretaría de Educación Pública, enfocado en el análisis de costos de producción artesanal, el funcionamiento de talleres comunitarios para el estudio de diseños y el teñido de lana con colorantes naturales.

En 1984 experimentó durante un año la carrera de Antropología Social en la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, del Distrito Federal. Luego regresó a Chiapas a coordinar el programa de reestructuración formal de Sna Jolobil, formalizando sistemas de contabilidad, administración y programas de capacitación, especialmente en el manejo de materiales, diseños y acabados del tejido.

Durante ese lapso se logró consolidar un espacio para las tejedoras mediante la adquisición de una casa en la ciudad de San Cristóbal de Las Casas para el funcionamiento de un centro de acopio, bodegas de materias primas y centro de reuniones para las tejedoras.

Además colaboró para la realización de exposiciones dentro y fuera del país, como son *Línea y color*, en el Museo Rufino Tamayo, 1986, *Images of the Maya*, en colaboración con el Florida Museum of Natural History (Traveling Exhibits), 1988; asimismo, la construcción de diversos talleres de teñido con tintes naturales en la colonia Jolxik, del municipio de Chenalhó, y en San Andrés Larráinzar.

Desde 1990 al presente Pedro dedica tiempo completo a la investigación y reproducción de antiguos diseños mayas, particularmente los que se encuentran de la antigua civilización en el sitio arqueológico de Yaxchilán, ubicado en el sureste de Chiapas, en las orillas del río Usumacinta, rescatando los simbolismos grabados en los dinteles 24 y 26. Recrea los diseños en el tejido de los antiguos huipiles ceremoniales plasmados en los dinteles 15 y 46 para la decoración del hogar, como manteles, cojines y toallas.

Mediante el análisis profundo y la experimentación durante estos últimos 14 años, actualmente más de mil tejedoras y tejedores de los Altos de Chiapas elaboran con orgullo estos diseños creados por sus ancestros hace más de dos mil años. Y son estos motivos brocados en textiles aplicados en nuevos diseños los que mayor aceptación tienen en el mercado nacional e internacional.

—¿Entonces llevas unos treinta años recabando dibujos?

–Sí. Lo hice también como la fascinación de un descubrimiento. Entonces lo enseñé al investigador de textiles mayas Walter F. Morris, Jr.¹ o *Chip*, como se le conoce, que yo sabía hacer eso y le gustó mucho, hasta más.

Walter F. Morris, Jr., el autor de la investigación “Flores, santos y sapos: simbolismo en el diseño textil maya antiguo y moderno”, entonces le prestaba toda su colección de textiles mayas chiapanecos, “pero yo era tan niño que no sabía cuidar las cosas; empecé a manchar las telas con mis plumones, se enojó mucho. Qué horror”, recuerda Pedro.

–¿Cómo te diste cuenta de qué tan importante era hacer en papel los dibujos?

–Es que, hacerlo en papel, hacerlo uno mismo, es fascinante, es como la fotografía. Es como hacer un poema. Es estar con uno mismo. Es estar totalmente sólido espiritualmente. Entonces es otro mundo, no nada más hacer cosas bellas, unos movimientos de unas líneas. Puedes comunicarte con ellos.

–¿Con los dibujos?

–Sí. Es como decir... yo no sé porque no tiene equivalente en la poesía o en la fotografía; es como cuando tomas la foto de una cosa y dices: “Ay, qué bonito, me siento bien, o estoy. Yo lo estoy capturando y es tuyo y puedes decir cosas sobre ellos, pero sobre ellos no puedes decir mucho porque todo está dado, mientras con los diseños puedes ir haciendo cosas distintas.

Al preguntarle si entonces empezó a hacer cosas distintas, dibujos nuevos, responde que no.

¹ El investigador estadounidense Walter F. Morris, Jr., conocido como *Chip*, arribó a Chiapas en 1972, donde vivió en San Andrés Larráinzar para aprender el idioma maya tzotzil. Durante el paso por esa experiencia de varios años se fascinó con las geometrías de la imaginación en los textiles mayas. Realizó diversas actividades, entre ellas investigador del Museo de Ciencias de Minnesota y del Museo Nacional de Artes e Industrias Populares de México, curador de la exhibición *Mil años de tejido en Chiapas* en el Centro Comunitario de los Altos de Chiapas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y becado por las fundaciones Ford e Interamericana para investigar los impactos económicos-sociales del desarrollo artesanal a base de estudios de caso en cinco países de América Latina. Autor de numerosos libros y reportajes acerca de arte, artesanía y la vida de los mayas de los Altos de Chiapas, actualmente es coordinador de Iniciativas Mexicanas de la Organización no Gubernamental *Aid to Artisans*, con sede en Hartford, Connecticut; además es integrante del Patronato de la Colección Pellizzi de Textiles de Chiapas, en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas; sigue siendo investigador asociado del Museo de Ciencias de Minnesota en Saint Paul y es coordinador del programa de alfarería sin plomo para la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional. Fue galardonado con el Premio MacArthur de 1983 a 1988 por su valioso trabajo respecto a la arqueología maya y el desarrollo de la cooperativa maya de tejedoras Sna Jolobil.

–No, porque no hay manera, todo está dado ya. No puedes inventar nada más que ya está, pero sí les puedes poner colores. Puedes poner encima de otros ciertos estilos tuyos, modificaciones... Después hice un huipil para mi abuelita, me llevó como dos años. Yo quería hacer un regalo para ella, porque ella era la persona que más me comunicaba y era muy bonita para mí. Entonces quería hacerle un regalo, y me costó tanto trabajo que no quería terminarlo. Lo bordé en una tela *cuadrillè* que se empezaba a poner de moda en Tenejapa en los setenta. Me costó mucho trabajo. Yo hice los diseños tradicionales de Tenejapa, un huipil que le fuera a gustar, y le gustó, lo usó... Después vine a San Cristóbal a trabajar para Chip, pero en las noches hacía mis tejidos brocados o unos bordados...

Hacer brocado es entretejer los diseños de los dibujos mientras uno teja el tejido, y bordar es sobreponer diseños con una aguja después de que la tela está ya hecha.

–...Es muy difícil de hacer un tejido, muy cansado. Sí. Mi abuela dijo que está bien. Ya murió.

–¿Cuándo te diste cuenta cuánta importancia tienen los simbolismos en el tejido?

–Cuando tenía cinco o seis años. Eran tan bonitos. Los rombos que tenían hilos azules me impresionaban mucho.

Y narra que cuando tenía seis años, mientras su mamá, de unos 25 años, se iba a Tenejapa para ir al mercado, “yo me quedaba solo y empezaba a revolver las cosas. Yo era un vago ahí, y creo que se echaba a perder todas sus cosas, porque sacaba yo sus cosas, insistía en cómo se hace. Muchas veces trataba de hacer bordados. Nunca salieron, sino salieron como calcetines. Entonces era una gran frustración. ¿Cómo es posible que a mí no me salen? Están bien bonitos. Era un dolor, una lucha. Era como que no terminabas una carrera, y eso pasó como cinco, seis años, hasta que era más grande.

“Entonces empecé a hacer mis propios tejidos. Yo pienso que la gente pensaba que estaba loco, porque para mí era una gran lucha, hasta que un día me dijo mi mamá que me enseñaba, y nunca más tuve problemas, hasta ahorita”, carcajea.

“Con los dibujos creo que no he terminado la carrera. Puedo dar un poquito más, tiene sentido, porque esa cosa es única en el mundo. Hay muchas, muchas más, pero aprendí, como decía mi abuela, que uno se cansa físicamente”.

Pedro admite que sabe “tejer en términos normales; para decirlo, sé algo, pero la verdad no soy excepcional en eso. Conozco, puedo interpretarlo, pero hacerlo bien, bien, pero, como las demás, no”.

–¿Y las mujeres no siguen inventando más dibujos?

–No se puede inventar nada. Se le puede poner nuevos estilos, hacer bordados en punto de cruz y hacer flores, pero con los diseños geométricos lineales que hicieron las mujeres mayas no se le puede hacer mucho. Creo que puede simplificar haciendo perritos o pájaros o no sé cuántas cosas, pero creo a nadie le interesa. A mí no me ha interesado eso. Es suficiente con que uno puede repetir y repetir lo que ya está hecho en Tenejapa, en Magdalenas, en San Andrés...

–¿Crees que los dibujos son arte?

–Es una creación sublime de las mujeres de hace más de tres mil años. Es la interpretación subjetiva de lo que ellas vieron en esos tiempos. Es el desarrollo intelectual que poco a poco les fuera normando y expresando en sus tejidos o sus grabados tal vez; definitivamente, un gran desarrollo intelectual que seguramente dio bases para crear las pantallas de las computadoras y cosas electrónicas, porque así funciona, a través de redes, y la trama y la urdimbre es una red que puede capturar información. Es sublime, es una gran memoria. La trama y el urdimbre es toda la red que permite incidirte a hacer tus propias creaciones. Es admirable porque las mujeres lo hicieron.

Pedro considera excelente el valor etnográfico de los dibujos presentados en este libro. Así, mucha gente tomaría más en serio su trabajo, “como ver los textiles”, dice el hombre que ahora considera que está únicamente “encauzando una energía que existe”.

Desde sus inicios la filosofía que lo motiva día a día era y “es actualmente el desarrollo de unos trabajos con honestidad y humildad, como lo ha sido en la vida de las comunidades mayas hasta nuestros tiempos. Este modo de ver las cosas ha sido enriquecido con la participación de personalidades pertenecientes a otras culturas”, destaca.

Refiriéndose al desarrollo de la cooperativa Sna Jolobil: “Desde mi punto de vista es un privilegio interactuar en este tipo emocionante de organización social. Esta organización es un sistema en el que nosotros los actores hacemos las veces de la urdimbre y la información que generamos o desarrollamos o atraviesa en cada uno de nosotros es la trama del tejido social. De ese modo una distorsión en algún punto de la geografía social entretejida por esos dos grandes grupos de elementos no sólo genera mal funcionamiento del programa presente sino la naturaleza de la propia organización”, asegura, y considera que hay mucho futuro si la organización se mantiene honesta, anteponiendo el interés colectivo. No obstante, apunta que es difícil porque “casi tienes que renunciar a todo. No te cases, no sé, es poco difícil, pero hay gente que puede hacer eso y están destinados para hacerlo. Entonces tengo confianza que se va a continuar el trabajo. Es como una religión, algo parecido a un sacerdocio. Para la gente funciona. Las tejedoras van a seguir tejiendo. Ahí van”.

El esfuerzo y la dedicación de Pedro Meza para el desarrollo del tejido y la organización de las tejedoras han motivado mayor interés de propios y extraños en beneficio de las comunidades rurales más apartadas del país.

Hoy las tejedoras monolingües, ancianas, viudas y jóvenes acuden diariamente a su espacio propio: Sna Jolobil, sostenido por ellas mismas y convertido en su principal fuente de ingresos, pero además fortalece la tradición cultural de los mexicanos.

En tanto, hace público el reconocimiento del esfuerzo de cada uno de los integrantes de la cooperativa: “La decisión tomada por cada uno ha sido afortunadamente libre y autónoma. Los resultados son mucho más fascinantes que haberlo desarrollado a la forma antigua, lo que podría haber sido una organización productiva dirigida. De ello hay muchos ejemplos en el mundo, pero de lo nuestro no. Este sistema seguirá mientras no se establezca una forma mejor, es decir, una forma que nos permita llevarnos juntos a mejores niveles de

vida. No descartamos esa búsqueda también, pero hasta ahora el desarrollo del esfuerzo humano en libertad ha sido muy productivo”.

Ese día en abril del 2004, casi al arribar a Pantelhó, el ahora galardonado con el Premio Nacional de la Juventud 1985, con reconocimientos además del Museo Nacional de Artes e Industrias Populares del INI, 1987, de la National Geographic Society, 1990, y de la Universidad de Puerto Rico, 2000, Meza Meza se anima con la entrevista.

Continúa: “Es fascinante ver a las tejedoras organizadas ganando su dinero y eso contagia a cualquiera, porque sale la gente contenta”. Por ejemplo, ya llegando al poblado, apunta: “Es un baño del pueblo, Pantelhó. Los tejedores allá son muy pobres, ubicados en las faldas de un gran cerro donde se escurre el agua y siempre está muy húmedo y tienen cerdos que hacen atole con el lodo, todo el tiempo; si no está lloviendo, están bañados con un polvo amarillo, todas las mujeres y niños, todos empolvados. No hay esperanza porque los puercos siempre están con ellos, y no van a cambiar de pueblo. No se dan cuenta, pero ahora están contentas con el dinero. Eso lo ha dicho la actual secretaria de los Pueblos Indios, Xóchitl Gálvez”, rememora Pedro, tzeltal que también habla tzotzil, “de que hay que meter agua potable para limpiar el pueblo, ayudar a las mujeres para que tengan mejores cuartos para cuidar sus niños y hacer sus tejidos. Necesitan más ayuda”.

Luego, el actual presidente del Comité Ejecutivo de Sna Jolobil matiza: “Con lo que vamos haciendo se animan las mujeres y de hecho toman más poder frente a sus familias. Es demasiado emocionante cómo viven su vida hoy a través de la venta de sus tejidos.

“Vamos a ver”, invita al bajar del carro. “Son señoras y mandan. Son mucho más respetadas por su presencia, su trabajo colectivo que hacen. Imagínate, cien mujeres juntas, adquieren un poder distinto”.

Explica: “Yo no trabajo, no. La cosa es que muchas mujeres juntas necesitan a los hombres. Nos han dicho constantemente que mejor trabajen los hombres. Eso dice mi mamá, por ejemplo; deben de trabajar los hombres porque pueden hacer más para nosotras. Yo trato de hacer algo”, aclara. “Si las mujeres dijeran no, con mucho gusto busco otro trabajo”.

Mientras, una mujer agarra una bocina gigante y solicita que vengan los integrantes de la cooperativa a la reunión en que se juntarán dentro de unos minutos docenas de mujeres que entregarán trabajos que llegarán exportados a lugares tan lejanos como Europa y Estados Unidos. En la espera se le pregunta a Pedro si hay más hombres que estén tejiendo en Chiapas.

“Hay muchos hombres, es muy nuevo, porque hace 20 o 30 años ni uno. Pero el tejido es una maravilla. Entonces creo que a los hombres les gusta entender otro mundo que no conocían y, como ellas tienen suficiente dinero, con mayor razón. De hecho muchos hombres están siempre ocupados haciendo sus tejidos, ahorita mismo. Además es fascinante.

—¿No piensan que es trabajo de mujeres? —se le cuestiona.

–¡Cómo no! –se emociona–. Siempre se ha mantenido vivo por las mujeres, pero poco a poco se ha ido descubriendo que no es problema de sexo.

Explica que no hay un cambio emocional en los hombres al tejer: “Lo que pasó en Yaxchilán, la cuna de los diseños clásicos mayas, eso que los hombres se dedicaban a grabar en piedras esos diseños, es algo increíble. Seguramente fue porque tuvieron suficientes recursos para haberlo hecho un gran trabajo”.

Enfatiza: “Pero siempre han estado implicados los hombres en la preservación de los diseños. Es como te dije en un principio, las cosas no se dicen más que como una máscara; normalmente no se puede decir, no se debe de decir, y hay que decir otra cosa, por ejemplo. Entonces se puede deducir que el tejido es nada más de mujeres.

“No sabemos, porque en el fondo hay muchas otras cosas. Eso que los hombres dibujen en unas piedras o los hombres tenejapanecos llevan calzones brocados es porque también su espíritu está implicado en el desarrollo de los diseños. Pero para decir que el tejido es nada más de las mujeres, hay hombres que saben tejer de todos modos, siempre han habido. Sí, está en el fondo del corazón la preservación de los diseños de una u otra forma. No creo que sea una mitología, pero es una manera de vivir la cultura, una manera de mantener la cultura, pero sin decirlo”.

–¿En ese sentido, cree que el hombre no tenía que ver con los dibujos?

–Con los dibujos yo creo que sí, fascinando a las mujeres, poniéndose los calzones, sí. La verdad, en las comunidades indígenas hay muy buena relación entre hombres y mujeres. Allá es una admiración mutua que se da. Y los hombres que se han hecho ayudan a las mujeres a hacer su casa, a valorar a las mujeres, y decir cosas muy bonitas para las mujeres. Eso les ha ayudado a las mujeres a sentirse muy seguras de sí mismas, más creativas, más sólidas en su corazón... Yo pienso, no sé, podemos preguntar a unas mujeres –invita empezando la reunión.

Para cada uno la autonomía y la libertad son cuestiones sagradas dentro y fuera del ámbito laboral. Hay dignidad, más cuando reciben una recompensa equitativa y merecida por las obras. Luego escuchan atentamente a Pedro explicar cómo mejorar la calidad de los brocados, y él, con varios ayudantes como Jorge Hernández Hernández y Juan Girón López, les ofrece cajas de hilazas con tonalidades de los colores del arco iris que serán utilizadas para embellecer los futuros diseños.

En camino de vuelta a la antigua ciudad colonial de San Cristóbal de Las Casas, a dos horas de distancia, Pedro expone cómo conoció al investigador Walter F. Morris, Jr.:

“Conocí a Chip en el 73. He aprendido de él y lo poco que he podido aprender de los ciudadanos norteamericanos. Es un pueblo que le gusta mucho la libertad, busca la justicia, pero también la expansión. Chip hace la cosa con sencillez y con igualdad y he aprendido de él la búsqueda de una justicia para el bienestar de la gente”.

–¿Estás de acuerdo con la interpretación de Chip de los dibujos, o son interpretaciones personales?

–Los chamulas dicen: “Tengo que estar de acuerdo para usar una palabra que no tengo, entonces agarro una palabra cualquiera. Tengo que estar de acuerdo porque no hay otros parámetros”. No sabemos, es decir, los parámetros indígenas son distintos y como nosotros estamos muy acostumbrados a no decir cómo son, y qué son y para qué son, no hay una medida objetiva. Las únicas medidas objetivas son las de *Chip*, y él sí está educado para decir cómo es. Lo dice al mundo a través de sus investigaciones y libros y todo eso. Es el único parámetro hasta ahora... Hay los otros investigadores, o hacen una interpretación o descripción de esos hechos, pero con una visión distinta –opina–. Y muchas veces no están de acuerdo entre estos investigadores con sus interpretaciones. Es una cosa de ellos, como dice *Chip*.

Según Pedro, lo que está haciendo Walter “es muy importante y valioso para llamar el interés de nuevos investigadores y para valorar la cultura de los pueblos mayas de Chiapas especialmente”. Además anota que *Chip* fue educado en San Andrés, por lo que “no es cualquier persona que dice las cosas a la ligera”.

No obstante, Pedro considera que nunca puede haber una fusión total porque vienen de distintos mundos. “*Chip* ha tenido más facilidades. Él ha podido comparar con su cultura lo que ha convivido con los mayas”. En cambio: “Soy indígena. Para mí no es muy fácil”.

–¿Cuál es el futuro de los símbolos mayas en brocado?

–No se puede destruir. Se puede pisotear. Se puede despreciar. Se puede insultar. Se puede ridiculizar. Se puede hablar muy mal de cada uno de los dibujos, pero no se puede destruir. Ya existen, y ya están ahí en la memoria de la gente. Ya están aquí en este libro. Son muy bonitos, y dan vida a uno... Si pudieras hacer un dibujo cualquiera, si tú lo hicieras aunque sea en una computadora, se va a cambiar tu vida, tu visión, tu manera de ver las personas, tu manera de ver el mundo, la estructura del mundo. Es un poco difícil de perderlo, por lo pronto –asegura el compilador de los diseños de la imaginación maya.

Y agrega: “Incluso la gente que se migra a los Estados Unidos va a seguir tejiendo. Puede llevar el libro a los Estados Unidos y hay muchos americanos aprendiendo a tejer, difundiéndolo, y va a seguir esa gente”.

Se le pregunta qué opina acerca de los nuevos bordados de flores que están haciendo los tzotziles del municipio de Zinacantán. Considera que “es la gente haciendo una identidad para los próximos siglos. A lo mejor van a llegar a tejerlas, ya sea con una computadora o en telar de cintura. Puede ser, no sabemos qué va a pasar”. No obstante, asegura que bordar flores es demasiado sencillo, no como tejer brocado.

Se le cuestiona si los zinacantecos agarraron los dibujos de las flores de los europeos o de los patrones incluidos en las cajas de hilaza que compran. “Sí, puede ser que hay quien se especializa con patrones. No sé si has visto a las servilletas, vienen predibujadas. Creo que de ahí salieron muchos de ellos. Da nuevas ideas, pero sí, lo que no podemos quitar el crédito de la gente de Zinacantán es el estilo que le ponen: el movimiento, el gusto, la ubicación geográfica donde se coloque las flores. Es de ellos”.

–¿Viene de una conciencia colectiva?

–Es individual el gusto pero se hace colectiva. Primero es individual. Se lleva la prenda a la fiesta, entonces se genera más información colectiva, se van cambiando. Es un pueblo de flores, donde además la floricultura es una de sus principales entradas económicas.

Pedro sugiere que en Zinacantán, “si siguen así, algún día alguna mujer o hombre va a decir: ‘Mejor hago unos tejidos’. Saben tejer pero ya no saben brocar. Pudieron inventar sus propios diseños en brocado”.

Al seguir la consulta considera que en otros pueblos como Aguacatenango, donde antes sabían tejer brocados, pero ahora predominan los bordados de flores, ahora es costumbre adoptada, pero realizada con sensibilidad.

“Les salen muy voladas, increíble. Se pueden tocar, se pueden disfrutar también las hojas, los pétalos de las flores. La situación fue que perdieron el arte de tejer y brocar, porque muchos fueron emigrando hacia la Ciudad de México, a otras ciudades, hasta los Estados Unidos. Entonces también fueron cambiando su indumentaria por ropa industrial. Les han gustado mucho las faldas de tablas, todo el mundo ahí tienen esos. Cambiaron el gusto, pero hace poco usaron faldas azules, tejidas, enaguas. Así se transforman los pueblos.

“En Tenejapa ya tampoco usan huipiles, sino suéter de colores y de moda, ni abajo ni arriba, solamente la falda de enagua pero con sus tenis. Así les gusta.

“Este libro va a hacer que los jóvenes de México entiendan un poco más sobre la cultura y la vida de los indígenas. De hecho la gente de hoy está mucho más consciente de que los indígenas también son personas. Entonces, se va a actualizar la información. Se va a mejorar más. Se va a poder comunicar casi de tú a tú, pero con el tiempo, poco a poco, con la ayuda de este libro”.

Janet Schwartz²
Cronista

² La cronista Janet Schwartz, originaria de New York y galardonada con un Premio Fulbright en 1978 como Historiadora del Arte Precolombino, arribó en 19?? a San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, donde radica actualmente. Madre de dos hijos mexicanos, Isaac Martín y Micaela, se interesó en la educación alternativa por medio del arte, siendo una de los fundadores del Centro de Desarrollo “Pequeño Sol”, A. C. Asimismo, desde los años ochenta buscó un acercamiento con el arte textil maya cuando decidió impulsar para una empresa local recreaciones en diseños de ropa y decoraciones para el hogar utilizando tela hecha a mano en telar de cintura y de pie, con bordados y brocados mayas. A partir de 1994 empezó a ejercer el periodismo gráfico y escrito documentando los acontecimientos culturales, políticos, económicos y sociales para medios locales, nacionales e internacionales. En 2002 recibió su naturalización como mexicana.